Mendoza Legal # Revista del Colegio de Abogados y Procuradores de la Primera Circunscripción Judicial – Mendoza
ISSN 2718-7667 / www.mendozalegal.com / contacto@mendozalegal.com

Doctrina

Abril de 2022

Animales no humanos, los otros desplazados en los conflictos bélicos

Los conflictos armados alrededor del mundo son una amenaza crítica para los esfuerzos de conservación de la biodiversidad. Hasta hoy, la investigación científica se ha centrado más en los resultados finales del conflicto para con la vida silvestre que en los procesos ecológicos, sociales y económicos que crean esos resultados. Mitigar los efectos negativos en la conservación de la biodiversidad requiere una comprensión de las formas en que el conflicto afecta a las poblaciones y comunidades de vida silvestre. La Guerra en Ucrania pone de relieve que los animales no humanos también deben ser considerados víctimas.

por María de los Ángeles Hernandez

Abogada (Universidad de Mendoza). Miembro de la Comisión de Derecho Animal del Colegio de Abogados y Procuradores de la Primera Circunscripción Judicial – Mendoza.

Introducción

Los sucesivos conflictos bélicos que han azotado a la humanidad a lo largo de los años han producido víctimas mortales, millones de refugiados, problemas para suministrar asistencia humanitaria, consecuencias devastadoras para las infraestructuras civiles y el acceso a los servicios básicos, no solo con los humanos sino también para con los animales no humanos.

Si bien son muy pocas las veces que la guerra deriva en extinción de una especie animal, es innegable su impacto negativo. Asimismo, todo lo que obliga a las personas a abandonar total o temporalmente un lugar o región, puede ser en beneficio tanto para la vida salvaje como para el medioambiente, basta pensar en los canales de Venecia con aguas limpias y peces a raíz del confinamiento por Covid-19.

Los conflictos armados pueden tener impactos locales positivos o negativos en la vida silvestre. Esta dualidad la encontramos por ejemplo en la Zona Desmilitarizada que separa Corea del Norte y Corea del Sur, donde durante 45 años se ha observado conservación de la biodiversidad puesto que ha sido santuario/hábitat protegido para animales y plantas amenazados y en peligro de extinción. El llamado Sistema de Bioreservas de la Paz de Corea, sumado a su inaccesibilidad ha permitido que los bosques dañados se rehabiliten y las tierras de cultivo vuelvan a su estado natural[1].

1 Ke Chung Kim (10 octubre 1997), "Preserving Biodiversity in Korea's Demilitarized Zone" en Revista *Science*. Disponible en: https://www.science.org/doi/10.1126/science.278.5336.242

En Zimbabue, por ejemplo, la población de elefantes, castigada por la caza legal y el furtivismo, se recuperó durante los 15 años de guerra civil. En el parque nacional de los Volcanes, refugio de los gorilas de montaña, la mayor parte de las especies de herbívoros se recuperó durante la guerra civil que asoló Ruanda en los años '90; esto debido a que los cazadores furtivos no se atrevían a salir a cazar. Debido al "efecto refugio", pueden observarse impactos positivos de la guerra en la biodiversidad, la huida de las personas rebaja la presión sobre la vida salvaje, el conflicto armado muchas veces ha ahuyentado a empresas extractivistas de madera y minerales, protegiendo de esta forma indirectamente a la fauna y la flora.

Estudios realizados en múltiples universidades de prestigio internacional, donde se analiza la frecuencia e influencia del conflicto armado en la vida salvaje, llegan a la conclusión que a mayor frecuencia de conflictos mayor es el impacto sobre la biodiversidad, requiriéndose de muy poco conflicto para reducir los niveles promedio de la población animal en una región.

Si tomamos como ejemplo África[2], vemos que la mayoría de las áreas protegidas de ese continente, han sufrido décadas de conflictos armados. Mozambique ha vivido 26 años de guerra en su historia más reciente. El impacto y el precio que tuvo que pagar la vida salvaje es muy alto y se ve reflejado, por ejemplo, en la que fuera una de las joyas de África: el Parque nacional de Gorongosa, ubicado al norte de ese país, el cual contaba con miles de elefantes, cebras, búfalos y antílopes. En el medio millón de hectáreas que tenía, también vivían centenares de leones y otros grandes depredadores, como leopardos, hienas o perros salvajes. Sin embargo, en los años '90 ya no había grandes felinos ni hienas ni perros salvajes, tampoco cebras, búfalos y otros muchos grandes herbívoros. Los elefantes apenas llegaban a 200 y quedaban dos o tres poblaciones de leones.

Rob Pringle, investigador y profesor de ecología en la Universidad de Princeton (Estados Unidos) y asesor científico del proyecto de recuperación del Gorongosa[3], junto a Josh Daskin, han publicado un estudio en la revista Nature[4]. Allí se expuso que la frecuencia de los conflictos predice la ocurrencia y la gravedad de la disminución en la población entre los grandes herbívoros salvajes en las áreas protegidas africanas desde 1946 hasta 2010. Concluyeron que el 71% de las zonas con algún tipo de protección ambiental han sufrido al menos un conflicto armado. Una cuarta parte de las áreas naturales protegidas soportaron una media de más de nueve años de guerras. Hay países, como Eritrea, Chad o Sudán cuyas reservas y parques han vivido casi 30 años de guerras.

---

2 Rachel Nuwer (21 de enero de 2018), "War's Other Victims: Animals. Over decades, armed conflict has reduced animal populations in Africa more than any other factor, according to new research" en *The New York Times*. Disponible en: https://www.nytimes.com/2018/01/12/science/africa-war-animals-conservation.html

3 Ver sitio web https://gorongosa.org/

4 Joshua H. Daskin y Robert M. Pringle (10 Enero de 2018), "Warfare and wildlife declines in Africa's protected areas" en Revista *Nature*. Disponible en https://www.nature.com/articles/nature25194

Esta dualidad entre impactos positivos y negativos se ve reflejada también en la propia biodiversidad, así a medida que desaparecieron los herbívoros, los árboles se extendieron hasta lo que alguna vez fue el campo abierto del parque Gorongosa y prácticamente no había depredadores[5].

Kaitlyn Gaynor, investigadora de la Universidad de California ha documentado en una revista de Ecología un artículo de estudio de casos e impactos de la guerra en la vida salvaje[6]. Entre sus conclusiones puede leerse que, la mayoría de estos impactos son posteriores al conflicto bélico, son las consecuencias de la guerra y no las balas y bombas las que más animales matan. Tras la guerra, el sistema legal que amparaba las zonas protegidas se ve resquebrajado, la pobreza hace que desplazados, población local y militares desmovilizados reactiven la caza y el furtivismo como también la ruptura general de la ley y el orden, los recursos de valor como el marfil y los cuernos de los rinocerontes pueden utilizarse para financiar la lucha, las compañías mineras y madereras regresan con más facilidades por la desintegración política y económica, las organizaciones conservacionistas recelan, tardan en regresar y muchas veces son blanco del conflicto armado. Concluye el artículo que: "Esta evaluación continental confirma lo que muchos estudios han señalado: la guerra es una de las principales causas del descenso de la población de animales salvajes en África".

Contemporáneamente nos encontramos con conflictos bélicos que azotaron lugares como Medio Oriente. Si bien los impactos también fueron devastadores, no solo para la población local y los ejércitos combatientes, también se vieron afectados animales no humanos. Organizaciones no gubernamentales, denunciaron que perros que "sirvieron" al ejército estadounidense desempeñando tareas militares junto a las fuerzas, fueron abandonados en sus caniles en el Aeropuerto Internacional Hamid Karzai de Kabul, donde sufrieron de hambre y sed.

No podemos dejar de mencionar el actual conflicto bélico entre Rusia y Ucrania, el que se encuentra en pleno curso de acción. Si bien hasta el momento solo se cuenta con cifras respecto a los desplazados, refugiados, víctimas mortales, afectación sobre patrimonio civil, se observa que el mismo tiene repercusión sobre la flora y fauna de la región. Muchos animales han muerto debido a los bombardeos o por hambre o sed, otros huyen de sus hogares presentado mutilaciones, quemaduras o heridas por metrallas.

Es constante leer artículos tales como "*Un hombre lleva en brazos a su perro para cruzar un puente destruido en la ciudad de Irpin*", "*Una niña de tres años evacuada del área de Mariupol, sostiene un gato en un autobús antes de salir de un campo de refugiados en Bezymennoye*", *"Una mujer se refugia con sus mascotas en una estación de metro en Kiev", "Una mujer abraza a su*

5 "Ecological legacies of civil war: 35-year increase in savanna tree cover following wholesale large-mammal declines" *British Ecological Society Journal of Ecology*. Volumen 104. Disponible https://besjournals.onlinelibrary.wiley.com/doi/full/10.1111/1365-2745.12483

6 "War and wildlife: linking armed conflict to conservation" en Revista *Frontiers in Ecology and the Environment* Volumen 14. Disponible https://esajournals.onlinelibrary.wiley.com/doi/full/10.1002/fee.1433

perro durante la evacuación de la ciudad de Irpin[7]*".* ¿Qué tienen en común estas postales más allá del horror de la guerra? La respuesta es simple, que los ciudadanos ucranianos no han abandonado a sus animales de compañía. Basta mirar las fotos, videos, documentales que constantemente nos brindan los medios de comunicación para observar esta particularidad: los desplazados no dejan atrás a sus animales de compañía, perros, gatos, conejos y hasta ratones se trasladan junto a su familia y en cantidades sin precedentes. Las fotos son elocuentes.

Son muchos los desplazados que han encontrado escollos jurídicos y sanitarios al momento de huir de sus hogares con sus animales de compañía y enfrentarse a restricciones de ingreso, ya que países como Alemania –debido a la rabia, enfermedad que es endémica en Ucrania y puede afectar a los humanos– no permite la entrada directa de animales no humanos que provienen de asilos ucranianos. Sin perjuicio de lo expuesto, no todas son malas noticias, veterinarios voluntarios de todo el mundo ayudan a los animales de compañía que llegan a los distintos refugios fronterizos con sus familias, presentando signos de deshidratación, exhaustos y estresados por viajes de más de 30 horas, también colaboradores de refugios como *Save our Paws* en países como Rumania, trabajan contra reloj para proporcionar pasaportes a los animales de compañía que llegan con sus familias a los campamentos de refugiados en la frontera con Moldavia[8].

7 Ver https://elpais.com/elpais/2022/03/25/album/1648199291_340278.html#foto_gal_22

8 Ver https://www.france24.com/es/minuto-a-minuto/20220410-en-la-frontera-ucraniana-ayudando-a-los-refugiados-a-cuidar-de-sus-animales

No debemos olvidar a los animales no humanos de gran tamaño, alojados en zoológicos como el de Kiev, donde una elefante de 17 años espera ser evacuada; cuatro pequeños leones y un perro salvaje corrieron mejor suerte y fueron trasladados a un refugio en España. Son muchas las personas que se han movilizado ante la crítica situación y han puesto en marcha mecanismos para mantener incólume también el suministro de alimento para los animales no humanos durante la guerra.

Ante la situación mundial que vivimos, encontrándonos en abril, mes en que se celebra el día del animal en nuestro país –en conmemoración del fallecimiento de Ignacio Lucas Albarracín, abogado, quien fuera el mayor impulsor de la Ley Nacional N° 2.786 de Protección de Animales– desde la Comisión de Derecho Animal, invitamos a reflexionar y poner de resalto, no solo la cuestión humanitaria sino también la consideración de los derechos de los animales no humanos y el cambio de paradigma necesario, en el que se propone la modificación del status jurídico de los animales como sujetos de derecho en el ámbito del Derecho Argentino.